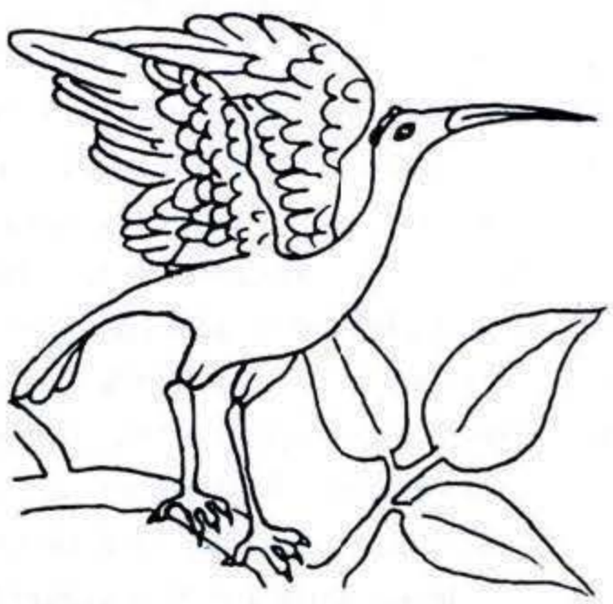
linas del Pacífico, de B. Vargas Angel (págs. 562-570); Diversidad de un arrecife artificial, de J. Escobar (págs. 578-589). La última parte, Cetáceos (págs. 591-606), presenta cuatro ponencias de J. Reybolds y sus asociados sobre sus trabajos en el corazón de estos mamíferos marinos.

El quinto capítulo, Exposición científica (págs. 609-610), supuestamente debería presentar los nombres de las personas y entidades que participaron en la exposición y el taller sobre formulación de proyectos, pero sólo incluye los de los asistentes al mencionado taller. La sexta sección, Ceremonia de clausura (págs. 611-619), presenta la despedida a cargo del capitán Steer Ruiz, los reconocimientos y menciones honoríficas a los mejores ponentes y el discurso de clausura por el vicepresidente del Consejo Nacional de Oceanografía. Lamentablemente, no se anexaron las palabras de Horacio Rodríguez en conmemoración del sacrificio del biólogo Iván Enrique Caycedo Lara, asesinado por dinamiteros en el parque Tairona en 1978, cuando realizaba investigaciones sobre la biología de organismos marinos. Al final aparece una lista completa de los participantes y asistentes en general, que comprende un total de 391 personas, presentadas inexplicablemente por orden alfabético de sus nombres de pila.

Pocas fallas se pudieron encontrar, entre las cuales se destacan la no inclusión de la lista total de ponencias presentadas y sus resúmenes; la artificial clasificación de los trabajos en doce temas, como la separación en ecología, zona costera, manglar y corales; que habiendo una sección dedicada a corales, se haya incluido un trabajo sobre ese tema en la de zona costera, y en cambio se incluya como sobre corales una presentación acerca de un arrecife de ¡llantas!; que en contaminación aparezca un trabajo sobre ecología del bentos, ajeno totalmente al tema; que los mapas sedimentológico y geomorfológico de la bahía de Tumaco y sus explicaciones aparezcan completamente fuera de contexto (págs. 435-442); que la mayoría de artículos carezcan de un resumen o de un *abstract;* que se hayan publicado más de cuatro (y hasta seis) trabajos de un mismo autor. Nada de esto demerita la aparición de este volumen. Quiero sinceramente felicitar a la Comisión, y en especial a su secretario general, porque se ha hecho justicia con el conglomerado de personas que, a veces en condiciones imposibles, realiza investigación marina en nuestro país. Ojalá todos los seminarios científicos nacionales del futuro vean sus resultados consignados en un libro como éste.

ARTURO ACERO P.



Catorce años de conversaciones

Alejandro Obregón ¡...A la visconversa!
Conversaciones junto al mar
Fausto Panesso
Ediciones Gamma, Bogotá, 1989, 134 págs.

Muchas veces lo hemos visto, concentrado con la persona con quien habla, narrando historias inverosímiles de barracudas, cóndores, alcatraces, toros y tempestades, siempre con su porte de marino en tierra, agrietado por el sol de su amada Cartagena —aunque es español de nacimiento—, respondiendo disquisiciones con su voz grave y cálida, mientras en una de sus manazas sostiene un cigarrillo y en la otra un vaso de licor.

Licencias permisibles a un hombre que se ha pasado la vida viviéndola lo mejor posible, por encima del bien y del mal, entregado sin reservas al amor y muy ausente de sentimientos malsanos hacia el mundo. Una buena parte de sus horas la ha pasado en su estudio, trabajando, creando, interpretando la naturaleza, buscando el alma de las cosas que lo tocan y de las que tocan a los demás. Por eso no es extraño, a quienes nos hemos asomado a su puerta, que al enterarse del desastre de la Ciénaga, donde murieron miles de peces, haya acudido allí de inmediato, observado con su silencio rabioso, respirado la muerte marina y regresado a su estudio, se haya encerrado y descrito esa realidad con su propia visión: la obregoniana.

A Alejandro Obregón se ha intentado hacerle muchas entrevistas. No a todas ha accedido y, cuando lo ha hecho, se ha limitado a monosílabos o a la consabida frase de los pintores: "En mi obra está todo lo que tengo que decir". Pero que haya sido generoso en palabras y anécdotas, que acostumbre permitir la violación de su intimidad y de ayudar a interpretar su obra, eso es algo raro. De ahí que este libro que Fausto Panesso publica sobre el maestro no deje de ser atractivo por la serie de "chivas" que aporta, en todos sus órdenes.

Desde su simple presentación, donde Fausto se limita a narrar someramente cómo fue sacándole trazos al pintor, hasta el estilo de la presentación del texto, atraen por la modestia, sencillez y riqueza espiritual, tanto del entrevistado como del entrevistador. Panesso deja hablar libremente a Obregón, evita caer en la tontería de la pregunta-respuesta —recurso elemental al cual acuden quienes tienen prisa—, hace de cuando en cuando comentarios sobre la vivencia que acaban de pasar, en tono emotivo, respetuoso, muy en su sitio, sin pretender dejar en el lector la imagen de amiguismo y confiancita que lo hagan aparecer de igual a igual con ese monstruo llamado Obregón.

Sin embargo, a Panneso se le va la mano en su celo por respetar la palabra del maestro, en la medida como prefirió hacerse al margen y no le redactó ciertos párrafos y expresiones que en lenguaje coloquial están muy bien, pero que al trasladarlos al escrito pierden fuerza e intención. Por otro lado, peca también Fausto de desordenado. Muy bien: este libro

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

es la consecuencia de catorce años de conversaciones aisladas, en distintos estados anímicos y emocionales, pero perfectamente habría podido armar la historia de manera más coherente, con ilación, enlaces que hagan más grata —de lo que es— la lectura.

Obregón habla como para sí, y hay momentos en que se tiene la sensación de estar hablando con uno, de estar contando aspectos de su existencia, con las mismas madurez y tranquilidad del hombre que sabe tiene su barco a buen resguardo, atracado en el momento de la siesta. Se nos presenta como un ser que emplea términos como "peladitos", "culicagado", "carreta", "vainas", "carajo" y "chuta", entre otras, ocultándonos por momentos lo que poco a poco va develando: su sabiduría no sólo sobre pintura, sino también sobre flora, faunas marina y terrestre, corridas de toros, física, literatura —escribe poesía—, historia universal, geografía, música y cuanta manifestación y percepción humana pueda existir. Sus experiencias durante los acontecimientos posteriores al 9 de abril de 1948, en Bogotá, sus vivencias durante la segunda guerra mundial, como vicecónsul en España, sus experiencias como camionero en el Catatumbo, tantas cosas tan opuestas aparentemente, sucedidas en la misma persona, van formando día a día una particular visión de su entorno en este Obregón que permanece constantemente con las antenas abiertas.

Tan acostumbrado a lo sencillo —punto de partida de la grandeza—, que narra: "En el año 47 pinto un pez. Lo miro y digo: ¡pero qué fácil es pintar!, de ahí arranca todo". Con análoga desprevención afirma recordar a un guacamayo azul que había en su casa paterna y se burlaba y *reía* de él todas las mañanas, cuando salía hacia el colegio. Pasan los años en esta colcha de reminiscencias y, después de haber estudiado pintura en Boston, declara con la mayor tranquilidad que "es malo estudiar pintura". Sus frases caen con cierta dulzura y dejan una sensación iluminada al lector. Por ejemplo cuando dice: "Nací queriendo no ser inteligente, depender sólo del entusiasmo, de la intuición". Y en otro aparte, con la mayor seriedad confiesa: "[tengo] diez por ciento de talento, veintisiete por ciento de trabajador manual, de carbonero y sesenta y tres por ciento de suerte". Sobre su obra los conceptos son un poco más contenidos. Evita profundizar, seguramente porque sabe que no es a él a quien le corresponde juzgar su propia creación.

En ese sentido, Fausto Panesso obra con tino al ser él quien hable sobre los diversos estados de la pintura de Obregón, sus épocas de masacres, peces, flora, cóndores, toros, etcétera, insistiendo en la extraordinaria capacidad de transformación del pintor, cuyos cuadros, a primer golpe de vista y sólo para neófitos, podrían aparecer como similares.

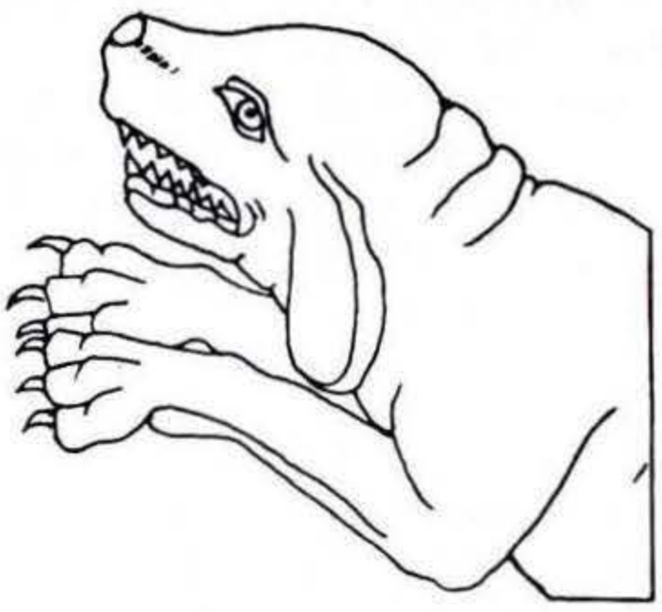
Las anécdotas sobre los amigos del maestro no podían faltar. Se habla de Eduardo Cote Lamus, Jorge Gaitán Durán, León de Greiff, Gabriel García Márquez, Alvaro Cepeda Samudio, Alfonso Fuenmayor y muchos otros nacionales y extranjeros, imponiéndose siempre la calidez y el alto sentido humanista que hacen meritoria de una segunda lectura esta conversación frente a frente, o a la visconversa, apoyados en el excelente material gráfico de Olga Lucía Jordán y Abdú Eljaiek, fundamentalmente, y en las fotos del álbum familiar de Obregón. La presentación, en fotos, de los cuadros que forman su más reciente serie, *Los vientos azules de Jerónimo El Bosco,* son un goce para los sentidos, donde el movimiento tiene la palabra, tanto como su autor juega con los secretos de la libertad.

HOLLMANN MORALES

Una octava más alta

Danzas colombianas
Alberto Londoño
Universidad de Antioquia, Medellín, 1988, 341 págs., dibujos, fotografías, 31 transcripciones musicales

Desde la perspectiva realista, la mayoría de los bailes tradicionales de



Colombia han perdido su vigencia social y cultural. Sólo en regiones muy específicas y en casos muy particulares, estos bailes retienen su función original. Los campesinos de Cundinamarca, Santander y Boyacá no bailan regularmente el torbellino y el tres, sino rumbas y merengues, y entre los habitantes del sur de la costa pacífica la salsa reemplazó el berejú, el bambuco viejo y la caderona de sus fiestas tradicionales. Es interesante anotar que éste no es un hecho reciente sino un proceso paralelo a los procesos de índole social, política y cultural que han transformado al país en los últimos cincuenta años. Esta situación no le resta valor a la publicación que comentamos, sino que la sitúa en una perspectiva diferente de las intenciones de su autor.

Los bailes que describe Londoño son en su mayoría utilizados actualmente en espectáculos de diversa índole. El "bambuco", el "torbellino", la "cumbia", lo que se llama "joropo" y otros bailes más son el repertorio de los grupos de danza de colegios, universidades, empresas o diferentes instituciones que persiguen un fin específico, que es el de proporcionar entretenimiento y actividades comunitarias entre sus miembros, siempre con el propósito de hacer presentaciones públicas en actos sociales y culturales. Sin embargo, hay otros que todavía forman parte de tradiciones culturales antiguas. La *Candanga de Obregón",* las *cucambas,* algunas versiones del baile de *cintas, monos* y *matachines* y los *congos* son ejemplos de éstos, y en esencia se trata de bailes (casi siempre comparsas) que han sido y son interpretados en las procesiones o actos

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.